

ciones de todas las noches; al proferir el "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores," que la viuda le había enseñado á decir con la solemnidad debida á su sublime importancia, Cristina levantó los ojos á contemplar á Gil; y el aspecto de Gil humillado, lloroso, arrepentido, contrito, no pudo menos de atravesarle el corazón.

García fué, pues, perdonado.... perdonado hasta donde puede perdonar la flaqueza humana.

Tendióle Cristina sus brazos, confundieronse aquellas dos almas desdichadas en un mismo dolor, en un propio llanto, y desde aquel día Gil se esmeró en borrar cuanto era dable el triste efecto de su conducta pasada.....

Melancólica, ya lo veo, es la conclusión de esta historia, que acaba por donde la mayor parte de las novelas comienzan, es decir, por muertes, pues el idiota niño y la desventurada Cristina murieron á poco de la conversión de García; pero yo que no hago aquí más que referir al pie de la letra un suceso verídico, no he podido trastornar el desenlace en obsequio del lector.



## LA TAZA DE TÉ.

### I

No hay efecto sin causa.—EL LIBRO DEL MUNDO.

—Guadalupe, no se te pase traerme temprano mañana, á cosa de las seis, una taza de té, pero que esté bien caliente.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras, era una muchacha trigueña y fresca, criada según el pelaje, de unos diecisiete á dieciocho años y no mal parecida.

La persona de quien recibía la otra la consigna, era una mujer de veinte años poco más ó menos, de facciones delicadas y muy bien formada de cuerpo.

La criada, después de haberse cerciorado de que á la señora su ama no se le ofrecía ya por la ocasión ninguna otra cosa

que mandar, se retiró paso á paso del aposento.

La ama, luego que hubo dado la vuelta Guadalupe, se sentó en un cómodo sillón, se restregó con ambas manos los ojos, bostezó sin santiguarse, prueba patente de que no estaba educada á la antigualla ó que se había reformado si lo estaba, se desperezó, y después que se hubo desnudado, ya que quedó en paños menores, se tiró sobre una suntuosa cama de bronce con vistoso cortinaje. Apenas cubrió su cuerpo la sábana, cuando el sueño embargó sus sentidos.

Durmió apaciblemente la joven hasta cerca del amanecer. Pero ya que estaba próximo el día, no sé si el calor ó el fresco, si los nervios ó la sangre, no sé, en fin qué le causó un sueño que vino á parar en eso que se llama pesadilla y del cual con el privilegio que yo, como todo historiador tengo de saber lo que pasa aun en la mente humana, voy á dar conocimiento al lector.

Soñaba, pues, la dormida señora, que allí al lado de su cabecera, sobre su elegante buró, en una taza de porcelana harto conocida por sus filetes dorados y sus finísimas pinturillas, humeaba el té exquisito, transparente, con su rico color de topacio, excitando el apetito de beber con su suavísimo aroma.

Quién había entrado en su aposento y

puesto allí la taza de té encomendada tan especialmente á Guadalupe, no lo sabía la dama: en todos los sueños hay una parte de los sucesos que ocurre entre bastidores, como quien dice, y seguramente todo lo que era anterior á la colocación de la taza sobre el buró había pasado mientras el telón de la imaginación de la soñante señora estaba corrido.

Como quiera, en tanto que el té estaba allí convidando á que le gustaran y que la dama con ansiosos ojos se aprestaba á embocársele, condénsase de repente el humo, toma humana y carnal figura, y con grande asombro para la dama, vese delante de los ojos, salido como de la taza, un hombre hecho y derecho.

Hasta aquí no había nada que en justicia pudiese causar miedo ni disgusto, pues un hombre no es capaz por sí solo de disgustar ni espantar á una mujer, en circunstancias comunes, á no ser que esté adornado de algún "chocante" atavío. Y con tanta menos razón podía la soñante señora tener miedo, cuanto que la visión aquella era un sujeto bien parecido y bien puesto, de halagüeño semblante, y que en cuanto se le apareció asomó á sus labios una sonrisa de suma afabilidad por no decir de infinito amor.... En resumidas cuentas, el fantasma era en cuerpo y alma, si es que un fantasma puede tener cuerpo y al-

ma, una persona bastante conocida, si no de todo el mundo, sí por cierto de la persona ante quien se hacía presente en sueños. Sí, la visión era la representación corpórea de una de esas tentaciones que en hora menguada acometen á las mujeres, y contra las cuales luchan á brazo partido unas, es decir las que aprecian su propio decoro, su conveniencia y su buena fama, y á las cuales se rinden de buenas á primeras otras, es decir las que no quieren tomarse el trabajo de sacrificar un capricho ú antojo de negras consecuencias al bienestar de toda su vida. Esto va en gustos, y como sabemos todos, de gustos no hay nada escrito; en cuanto á los resultados de la lucha, esos dependen de la voluntad, pues no queda vencido quien no se pone en ocasión de serlo.

Pues, como iba yo diciendo, el objeto aparecido á la durmiente dama, no era desconocido para ella. Con halagüeño semblante, una amorosa sonrisa en los labios y una expresión de inefable contento en los ojos, él se quedó contemplando, como embebecido, á la preciosa mujer.

—¡ No! díjole con acento rendido; no tape usted, no me robe usted de la vista su brazo, ese tesoro de perfección y maravillosa hermosura, capaz él solo de servir á Venus de título suficiente para ser proclamada la primera entre las beldades.

Parecióle á la dama ver demasiada llaneza, demasiado atrevimiento en estas razones, y sin embargo de no disgustarle que así mereciera elogios su brazo, que era, ya lo tengo dicho, de lo más hermoso que se conozca en su género, juzgó propio tapársele, no tanto por recato, como porque el sujeto que le hablaba tenía trazas de querer impedir á todo trance que el objeto de su admiración é idolatría le fuese quitado de la vista.

Mas al ir la propietaria legítima del maravilloso brazo á cubrirle con su pañuelo, finísimo pañuelo de batista que si bien dejaba trasparentearse lo que debajo de él había, y exaltaba así más el deseo, no salvaba menos por eso las apariencias, que tanto importan en este mundo de mentiras y gazmoñería; al ir ella á cubrir el maravilloso brazo, enredósele en una como red la opuesta mano, y bregando por desahucarse del estorbo en tanto que la mano del hombre se adelantaba rápida á descansar sobre el repetido brazo, de tal suerte manoteó, y se agitó con ansia tal, que dando un golpe en la taza de te la volcó, bañándole el hirviente líquido el brazo.

En este punto despertó la dama.

Lo del hombre era fantasía, puro sueño.

¡ Mas no así lo de la taza de té y lo de la quemadura!

Guadalupe, puntualmente obediente á

la orden de su ama, había entrado en su aposento, minutos antes del sueño, había llamado a muy quedo y sin cerciorarse de si había recordado, había vuelto la espalda.

La dama, despertada con sobresalto por efecto de la quemadura, vió lo que había pasado y al contemplar su brazo escaldado y rojo y al sentir el ardor que aquello le causaba, llamó con la campana de la cabecera de su cama, y con todas las demás que en la pieza había!

¡Era en verdad una desgracia para llorarse con ambos ojos y hasta la consumación de los siglos, la catástrofe que había acontecido á la desventurada mujer! Su brazo, su primoroso brazo, el brazo más lindo, por todos cuatro costados, que jamás viera el mundo, el brazo adorable y adorado, ¡santo Dios! escaldado, y en vía de ostentar una ampolla capaz de afligir mortalmente al corazón más duro. Aquello venía á ser más sensible que las manchas de pecas, tan lamentable, más lamentable todavía que el estrago de las viruelas en un lindo rostro.

Guadalupe, la fiel y afectuosa Guadalupe acudió al punto y trás ella toda la servidumbre mujeril, pues como sabe mejor que yo la amable lectora, el dormitorio ó "recámara" de una señora es un santuario donde no es permitido penetrar si-

no á los hombres iniciados en ciertos especiales misterios.

Guadalupe se quedó de una pieza al ver la taza volcada, y sobre todo el brazo maravilloso extendido, y con un manchón largo, ancho y colorado. Esto y los dolientes ayes de su señora le arrancaron un par de lágrimas del par de hermosos ojos que Dios le había dado entre otras cosas.

—¡Señorita!... exclamó Guadalupe después de un breve rato de silencio contemplativo, ¡señorita!... ¡válgame la preciosa sangre de Cristo!

La "señorita" no habló una palabra; las lágrimas que corrían á torrentes de sus ojos, arrancadas por el ardor de la piel y por la pesadumbre del suceso, le tenían embargada la voz.

Por fin, merced á los cariñosos consuelos de todas sus criadas y más particularmente de la afectuosa Guadalupe, acertó á proferir algunas palabras.

—¡El médico!... Vayan corriendo á llamar al señor doctor, al señor don Guillermo, ¡ay! que ya me muero de dolores...

En la hora, la orden, comunicada al mozo, al galopin, al lacayo, puso á tres ó cuatro hombres en la calle y antes de diez minutos ya estaba el doctor, uno de los médicos más hábiles y justamente afamados de México en la casa, á la cabecera de la doliente.

—¿Qué tiene usted, Carlota? preguntó asustado.

Carlota, por toda respuesta, le puso delante de los ojos, con afligido semblante, el brazo portentoso, indicándole la quemadura con la vista.

El doctor se quedó asombrado, estupefacto en presencia de aquella obra maestra del Creador. Es seguro que ni en el tiempo de su curso de anatomía, ni en el dilatado período que llevaba de ejercer la profesión que tanto asimila á los hombres con Dios, había el doctor visto ni aun soñado como posible una cosa tan perfecta, ora respecto del buen gusto, ora respecto de la ciencia, pues con los ojos de la ciencia contemplaba él aquel brazo.

Yo, que á trueque de ser notado de ponderador he dicho ya bastante acerca del maravilloso brazo, juzgo conveniente dejar al doctor que á su sabor le contemple y le toque y prescriba al fin lo que juzgue conveniente para la curación de la quemadura.

## II

En la famosa Junta de notables de la no sé si República Mexicana, pues á la sazón los que sueñan testas coronadas, centros é inquisición para la patria de los az-

tecas, tenían convertido al país, en virtud y por consecuencia del triunfo de una vergonzosa asonada, en una sociedad sin gobierno de nombre conocido; en la famosa Junta de notables se discutía la cuestión por demás grave, de la estructura política que se daría á la sociedad mexicana, sin que corrieran riesgo alguno en cualquiera reacción probable y posible los formidables constituyentes: ¡siempre es bueno nadar y salvar la ropa!

Ahora bien, uno de los dignos y graves legisladores notables, á quien solamente faltaban la peluca y el calzón corto para que más á la perfección remedasen los tiempos heroicos que con tanto deleite se representan y con tanta ansia desean nuestros monarquistas; uno de los tales notables, embazado de la discusión, en que á decir verdad no entendía palabra, fuera de lo que se dignaba explicarle el hinchado director del partido, se retiró del salón y del palacio también, y fué á meter su respetable persona en la casa de una mujer á quien nunca había hecho nadie el ultraje de reputar por honrada, si se exceptúa á su marido.

—Mal día nos hace hoy, díjole á él ella, cuando le vió; pues Vicente está en camino para México.

—¡Tu marido! ¡es posible: exclamó el hijo de la monarquía abriendo tamaños ojos.

—¡Sí! ¿qué quieres? Ya cumplió su comisión y no hay nada que pueda entretenérselos por allá. Y me dice que pronto estará de vuelta, pues al cabo de un año que lleva de estar ausente, está deshaciéndose por verme.

—¿Y cómo nos componemos? El no es hombre que deje de armarme una de Lucifer... y á mí no me gustan esos quebraderos de cabeza...

—Solamente un arbitrio hay: déjamelos de mi cuenta.

Y diciendo esto la mujer, levantóse como impulsada por una feliz inspiración, vistióse con todas sus galas, consultó repetidas veces el espejo y después de pasarse por la cara quién sabe qué cosa que la pintó de un pálido muy agraciado, se puso en actitud de tomar la calle.

—¿A dónde vas, Julia?

Volvióse ella á esta pregunta, y habló á su galán unas cuantas palabras en voz tan baja que aun yo, con ser historiador, no puedo referirlas.

—Adiós, Jorge! dijo después, tomando la escalera.

Más tarde el lector y yo sabremos á dónde va y á qué. Por ahora contentémonos con seguirla con la vista hasta entrarse en el palacio nacional, á que algunos dan el sobrenombre de la cueva encantada. Ello sí, yo sería capaz de apostar á que entre

los que le aplican este apellido, no todos se le dan con el mismo sentido, pues cada quién habla de la feria conforme en ella le va. Por ejemplo, ¿cómo puede dar á entender lo mismo el que á título de presidente, ministro, diputado, senador ó mequetrefe ha sacado su barriga de mal año y el simple particular, el hombre honrado que no encuentra allí más que vejaciones y trapacerías?

### III

Carlota, tras breves días de crudo padecer, había, gracias á Dios, recobrado su salud, y las tertulias de más "tono" y elegancia de la capital, habían vuelto á su antiguo esplendor con su presencia.

No juraré yo que no haya una poca de ponderación en esto, pero así lo aseguraban con toda formalidad á ella misma algunos elegantes "attachés" á su persona.

Pero el brazo, el brazo hechicero, no había podido sanar sin quedar con la fea señal de la quemadura. Por lo tanto, había sido condenado su dueño á estrecha y perpetua reclusión entre un manguillo de fina pero tupida tela y una manga superior perteneciente al vestido.

Por demás me parece decir cuán inconsolable se sentía Carlota con su quemadura.

ra y cuánto extrañaban las personas de confianza que el brazo portentoso cuyo primer se recreaba en ostentar de vez en cuando su dueño, no saliera ya á la luz, haciéndose esto más y más extraño cuanto que nadie acertivamente sabía la causa, pues ella había recomendado á las personas de su servidumbre que estaban impuestas en el deplorable suceso, que le conservaran secreto.

Hay acontecimientos que lloramos, necios de nosotros, como una negra desdicha y que allá á la larga dan una prueba patente de la sabiduría del Arbitro supremo. No es decir que yo sea partidario de los que creen que todo está bien como está ni de los que sostienen, por lo contrario, que todo está mal; pero ¿no es verdad que nadie puede afirmar de pronto que un suceso fausto no traerá consecuencias aciagas, y vice versa?

Como quiera, Carlota cada vez que contemplaba su brazo se soltaba en amargo y copioso llanto y juraba no volver á tomar té en los días de su vida, como si el inocente líquido tuviera la culpa de que pensamientos locos hubieran ido en mala hora á tomar asiento en su imaginación, trastornándola de manera que le hizo cometer el desaguisado de volcar la taza y derramar la infusión en ella contenida.

La reclusión del brazo estupendo hizo

novedad, como acabo de tener la honra de decirlo, entre las personas de confianza de Carlota y cada cual se echó á pensar lo que habría acontecido que había causado aquel inesperado eclipse del astro más "explendoroso" de México.

Entre los hombres que más se devanaban los sesos por saber lo que en el particular pasaba, hallábase uno, joven atornado, de lo más lucido de la elegancia y amigo de andarse á picos pardos. Este, visita frecuente de Carlota y que ella recibía con tanto agrado; por efecto de simpatía, que el público, siempre malicioso y murmurador, comenzaba ya á verle como el galán y galán afortunado de ella, habiase atrevido varias ocasiones á preguntarle entre chanzas y veras aunque en balde, qué motivaba el que ya no se viera su brazo. Mas cansado de emplear sin provecho los medios indirectos y de dulzura, picado de no salirse con su intento y azuzado por sus amigos, determinóse á descubrir la verdad á todo trance.

Carlota, joven, casada pero sin hijos, esposa pero sin recibir atenciones de su marido, ella que siempre había sido cocada y por lo mismo no podía pasar sin que le dijeran mucho de su hermosura y de las pasiones volcánicas que su beldad engendraba en cuantos la veían; Carlota, pues, no miró con malos ojos al elegante desde

la vez primera que le topó. El tiempo y el trato, ayudados de la ociosidad, fueron labrando en ella: él de simple visita de la casa que al principio fuera, se remontó á pretendiente, y el día que Carlota había tenido el sueño de que habló poco hace, las cosas habían llegado al punto en que las mujeres y particularmente las casadas, consienten allá en sus adentros en echarse tarde ó temprano á rodar á un precipicio en que nunca se encuentra fondo. El hombre, fingiendo amor, un amor de esos que se apellidan irresistibles, volcánicos, inmensos, había soltado una docena de palabras que todo el mundo sabe y que toda hembra comprende, y la mujer, sin prometer nada ni contestar categóricamente, había dado significación á sus ojos y á sus labios, á su turbación y á su silencio. ¡Carlota no se había comprometido, puesto que se había quedado con la boca cerrada!... Pero en ciertos lances ¿no es harto consentir el callar? ¿No es el hablar un deber imperioso en varios casos? Y una señora casada ¿no debe por ventura tener siempre expedita la lengua para toda ocasión en que se le requiera de amores, una vez que toda manifestación de esta naturaleza es un ultraje patente hecho á ella?

¡Carlota no tenía hijos! Y los hijos preservan de las malas tentaciones y ameni-

zan el matrimonio, harto monótono y desapacible de suyo.

¡Carlota se creía desairada de su marido! Y el marido debe ser un cortejo de su esposa, para borrarle de la memoria el tiempo en que era galanteada.

El caso es que el hombre consabido, como ya lo he dado á entender, de simple conocido había llegado á ser cortejo, y que la dama estaba en camino de perdición.

Determinado, pues, el galán, á descubrir lo que había de real y verdadero en lo del brazo, se presentó un día con este ánimo en la casa de Carlota.

No quiero trasladar al papel las palabras y obras de que juzgó él conveniente valerse para lograr su intento. Solamente diré en resumen que habiendo dado á entenderse más de lo que convenía, la dama se vió estrechada á darse por ofendida, con lo cual, advertido aquel de que estaba á pique de perder todo lo que ya tenía andado, cambió de rumbo, y en medio de las atenciones que para aplacarla y satisfacerla tuvo que poner por obra, al servirle un brasero para que encendiera su pulido cigarro, saltó una chispa y prendió la delicada manga del vestido, arriba de la sangradura. Para la debida inteligencia del lector importa decir aquí que Carlota, para lucir lo bien formado de su brazo, ya que no podía ostentarle desnudo



do, usaba unas mangas angostas, pegadas á la carne.

—¡Me abraso, don Luis! gritó despavorida Carlota.

Y don Luis sin aturdirse ni perder tiempo en llamar, tiró de la manga y de tal suerte la desgarró, no sé si por satisfacer su curiosidad ó por impedir que cundiera el fuego, que puso á descubierto el brazo, el maravilloso brazo, el brazo único sobre la tierra en perfección y primor... ¡y al mismo tiempo la señal, la fea mancha de la quemadura!

¡Cuento! exclamará tal vez aquí la amable lectora.

¡Cuento!... ¿No suceden todos los días cosas que nos hacen decir: Parece cosa de novela?... Y, por último, créase lo que se quiera, esto que yo estoy relatando no es una pura invención.

Don Luis, á la vista de aquella como llaga, como señal de herpes sintió cuajársele la sangre: ¡en lugar de arrobamiento amoroso tuvo asco!

Carlota vió cruzar rápida por su mente la memoria del sueño fatídico con la representación del mismo hombre de entonces y ahora. Asustada y confusa al advertir que don Luis había descubierto su brazo y visto la onimosa quemadura, quedóse con los ojos clavados en el suelo, y á poco, cuando al levantarlos se encontró con la

expresión de profundo asco que resaltaba en el semblante del joven, paróse azogadamente del muelle sofá, y retiróse á lo más escondido de su casa, donde se mantuvo todo el resto del día lamentando su negra estrella.

#### IV

Julia se presentó ante uno de los Secretarios de Estado, quien la recibió con la afabilidad propia de todo caballero.

Después de los primeros remilgos, Julia enteró á su excelencia del asunto que allí la conducía.

Viendo lo comprometido de la situación de la dama y su perplejidad, el señor ministro tomó por su cuenta sacarla del atolladero, con lo cual ella se retiró muy satisfecha.

Es una verdadera dicha el verse uno en aptitud de dispensar gracias, gracias de todas calidades.

Al día siguiente un expreso partió de la administración general de correos, conduciendo una orden para que don Fulano de tal fuese aprendido y reducido á prisión hasta nueva orden por ser sospechoso de conatos revolucionarios. Mas el empleado público á quien fué encomendada

la ejecución de tal orden, siendo amigo del perseguido, le dió secreto aviso de la suerte que le estaba deparada y éste apresuró su viaje á México.

Entre tanto, Juliá, sabedora de lo que se había dispuesto para retardar el regreso de su marido y confiada en el efecto de la medida adoptada, de acuerdo con don Jorge concertaba la manera de ocultar á su esposo las consecuencias de su perversa conducta.

Un día se presenta en la casa de Carlota un caballero, solicitando hablar con su marido. Este recibe el recado, sale á la pieza de recibimiento y al ver á la persona que le busca quédase atortolado.

—Acérquese usted, don Jorge, dícele el forastero. Tenemos que hablar en lo reservado.

—Mande usted.

Sentados silla contra silla, los dos actores entablaron una conversación, pero en voz tan baja, que yo no puedo dar cuenta de ella; pero juzgando por la fisonomía de ambos y por su gesticulación, fácil es presumir que hubo reproches muy vehementes de parte del extraño, abatimiento y culpa por parte de don Jorge. En fin, acalorándose más y más aquel, fué alzando más y más la voz, hasta el grado de llegar á los oídos de Carlota la gresca.

Sobresaltada Carlota y temerosa de que

á su marido sucediera alguna desgracia, se hizo presente, y al querer ó no hubo de imponerse, con mengua para su esposo, de que éste gastaba mala conducta y que las resultas de sus últimas torpezas eran la provocación á un desafío por parte del marido ultrajado.

¡Tontería! El desafío, cuaiquiera que sea su término, ni sirve para restituir la honra empañada ni para proporcionar una venganza: sobre quedar hecha, consumada la ofensa sin remedio, el ofendido corre riesgo de quedar en el sitio.

—¡Ah! ¡pero manifestó que era hombre de honor! exclamarán los partidarios del desafío.

¡Famosa salida! El desafío no tiene virtud de dar ni de quitar la honra, y ya se van persuadiendo de la ineficacia de esta bárbara y antisocial usanza todos los hombres de seso.

Como quiera, el desdichado notable se alegró no poco de que su mujer se impusiera de lo que pasaba, para que la mediación femenil apartara de su cabeza el golpe que le amenazaba.

No trataré yo de trasladar al papel todo lo que ocurrió: sólo sí diré que hubo en el lance más dosis de ridículo que de otra cosa para el hijo de la monarquía.

El ultrajado marido, á súplicas de Carlota, que no dejó de ostentar su brazo

bueno, dignísimo compañero del otro, desistió de su sanguinario empeño, después de haber abrumado de improperios al notable personaje, quien á no haber su adversario quitado el dedo del renglón, hubiera ido á denunciarle á los jueces.

## V

Don Jorge, escarmentado con la ocurrencia á que había dado lugar su mala conducta, pidió consejo á un amigo suyo, quien le hizo advertir que no hay felicidad permanente y sólida para un hombre casado, fuera del regazo de su esposa.

Carlota, recordando siempre el crítico lance que había tenido con don Luis, quien había divulgado por todas partes lo que tenía ella en el brazo; Carlota que al recordar el crítico lance conocía el precipicio en cuyo borde había puesto locamente la planta, se guardó muy bien de ponerse en coyunturas comprometidas.

Julia quedó para siempre abandonada de su marido, y hecha la hablilla de las gentes.

En cuanto al esposo ultrajado, se ausentó de la República.



## EL PAROXISMO.

## I

Pues ese cielo azul que todos vemos  
Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande  
Que no sea verdad tanta belleza.  
ARGENSOLA.

Ya lo ves, lectora mía; profundo é indecible quebranto debe reinar en esa casa de donde acaba de salir el viático. ¿Qué importa, no es verdad, que el edificio, así por el elegante cortinaje de sus balcones, como por su primorosa arquitectura y su ancho zaguán y sus preciosos coches acuse abundancia en riquezas y comodidad; qué importa esto, digo, para el dolor de los que le habitan? ¿Quién sabe si es un hijo, única y carísima esperanza de una madre que en él idolatra, ó una hija dotada de sobresalientes virtudes, ó un padre, ó...